

POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN*

Hace años, ya muchos, un joven espigado y talentoso llegó a la Secretaría de Gobernación —y más específicamente a una de las Subsecretarías que había entonces— con cartas de para los oficiantes de la política. Ese joven era oriundo de la Escuela Libre de Derecho, donde preparaba sus armas profesionales. Lo patrocinó, en esta primera incursión en el gobierno, el notable penalista Raúl F. Cárdenas, rector de aquella escuela.

Desde entonces, con esas armas y con otras que fue forjando a lo largo de la vida, ha librado muchas batallas. Otras aguardan presentación que le abrieron las puertas del Palacio de Covián, un claustro riguroso. Primero fue la academia, dentro y fuera del país; luego, la administración pública; más tarde, la política. Las tres circulan por sus venas y le confieren el perfil del funcionario público entusiasta, competente y eficiente que hoy conocemos y al que celebramos, unos como colega, otros como amigo, en la presentación de un libro que combina los recuerdos con los proyectos, la meditación con la crónica, el consejo con la advertencia. Esa es su esencia, que se despliega en quince capítulos bien provistos.

José Antonio González Fernández se atreve a lo que se deben atrever muchos funcionarios: dar la cara en la defensa de aquello en lo que cree, de lo que hizo, de lo que otros —con él— hicieron, de la parte que le tocó representar en el complejo escenario de la administración y la política. Lo hace sin escándalo ni diatriba, reflexivamente: no anda proponiendo facturas ni cobrando cuentas. Deja de lado la estridencia, y emprende sus confidencias con otro estilo, maduro. No eleva su obra sobre la destrucción de lo que otros construyeron.

* Intervención en la presentación del libro de González Fernández, José Antonio, *Trazos. Política y administración pública: el nuevo tiempo*, México, Diana, 2000; Casa Universitaria del Libro, México, Distrito Federal, 19 de octubre de 2000.

En mi prólogo a este libro breve y sustancioso, digo que el hombre público debe exponer su pensamiento abiertamente. Si busca el compromiso del público —que es la afanosa búsqueda del político— debe asumir, a cambio, su propio compromiso con el pueblo. Y éste —agrego— comienza necesariamente por la confesión de las ideas y los proyectos. Hecho esto vendrá el cotejo entre aquéllos y la realidad de su función y de su vida. A partir de ahí se erige lo que haya de construirse: la simpatía o la diferencia, la coincidencia o la discrepancia, la soledad o la compañía.

No son muchos los que resisten la prueba de ese cotejo. Las palabras del político corren como el viento, y como él se pierden, se dispersan, se diluyen. Los hechos suelen marchar por otro lado, navegando por su cuenta. El saldo es, finalmente, un contraste muy intenso entre lo que se lleva el viento y lo que perdura en la memoria de sus contemporáneos, una memoria colmada, a veces, de reproches. La gente —como hoy se llama al pueblo— observa las “comaladas” de millonarios que emergen, como los hongos, al cabo de cada sexenio. Así lo dijo Portes Gil —por cierto, otro egresado de la Libre de Derecho— en una observación que conserva frescura. Y contempla la prédica democrática y el desempeño autoritario. Y mira el discurso justiciero y la realidad injusta, que multiplica pobres y concentra ricos.

De aquí proviene —entre otras fuentes— el descrédito de la política y de sus personajes inquietantes, los políticos; y de aquí también, a menudo, el claroscuro de la democracia, que puede desfallecer —y muchas veces ha desfallecido— por fatiga, decepción, ineficacia, que abruman al pueblo y le sugieren, desde la sombra, sustituir la mano inepta por el puño autoritario; cambiar camino por vereda. Por lo tanto, el demócrata, que tiene compromiso con las libertades, lo tiene también con la eficacia: aquéllas no bastan para conservar el favor del pueblo, si no hay también satisfacciones de otro género, que tienen que ver con la vida cotidiana: el trabajo, el salario, la educación, la salud, la vivienda. Si hay todo eso, existe la gobernabilidad que tanto nos preocupa. Si no, el río se revuelve en espera de pescadores que propongan horizontes claros donde los que hay se han vuelto turbios.

Supongo que González Fernández, estudiante, joven profesional, becario, servidor público, debió formularse preguntas sobre la utilidad de su vida, el rumbo de sus pasos, el sentido de sus tareas, el horizonte de su marcha, los afanes de su patria. Y presumo que debió formularlas y ensayar respuestas en México, donde inició su vida, y en Inglaterra, lejos de la casa, donde tuvo una de sus estaciones, como otra en Washington, ambas colmadas con la presencia de Aurora, su esposa leal, inteligente y animosa, y la segunda estimulada, además, con la compañía de los hijos de ambos.

Y más preguntas de esas ha debido plantearse en el recorrido de otras estaciones, todas enfiladas en una misma dirección de servicio. Así, de trazo en trazo —como ahora lo proclama su libro—, González Fernández ha hecho una parte de su jornada en la tierra difícil de la política y la administración pública, donde hay un abismo, a veces, entre la siembra y la cosecha. Sin embargo, él sembró bien y ha tenido buena cosecha. Pero le aguardan —esa es mi sentencia— otras buenas siembras.

Ya referí cómo llegó José Antonio González Fernández a la Secretaría de Gobernación, donde aprendió lo que nunca olvidaría: reglas de trabajo, de servicio, de política, por lo pronto al calor de los procesos electorales que se vivían en el antiguo Registro Nacional de Electores. Y agregaré que andando los años —sin que nunca se perdiera la buena amistad entre nosotros—, recuperé la presencia cercana de este funcionario en una misión lejana, donde se condujo con inteligencia y eficacia extraordinarias: la agregaduría de la Procuraduría General de la República en la Embajada de México en Washington. Es posible que González Fernández guarde mejor y más amplio recuerdo de otros desempeños, pero yo guardo el mejor del que tuvo en Washington, defendiendo la frontera de México. Ese era, quizás, el principal cuidado de la Procuraduría en aquellos años que tuvieron, a pesar de todo, cierto dejo romántico.

Muchas otras cosas hay en su abultada hoja de vida, que está en la cuarta de forros de su libro, resumida en líneas pletóricas. Leyéndolas, se diría que don José Antonio es un funcionario de edad avanzada, encanecido y jubilable. No es así, pese a que ha transitado por muchas instituciones, todas complejas, todas peligrosas, todas aleccio-

nadoras: la Cancillería, el Congreso, la Asamblea del Distrito Federal, la Procuraduría de Justicia, el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, la Secretaría del Trabajo y la Secretaría de Salud. Cito por separado su paso por la presidencia del Partido Revolucionario Institucional, en circunstancias excepcionales: el nuevo tiempo que se menciona en el subtítulo de la obra que ahora comentamos.

Como variada y rica ha sido la experiencia del funcionario, rica y variada es la reflexión que se aloja en estas páginas. Desfilan muchos temas, que ahora sólo enuncio o anuncio, para provocación de lectores: democracia, Constitución, justicia, derechos humanos, comunicación social, economía y justicia social, educación y cultura, trabajo, cuestión agraria, salud pública, relaciones con el exterior, acción partidaria y oferta política. Esto da cuenta de una experiencia y una competencia. El funcionario no se ha encerrado, en condición de especialista, en el despacho de una sola ventanilla; más que eso, ha mirado en derredor, con ademán panóptico, para abarcar toda la circunstancia que luego permitirá entender la sociedad en que se vive y el Estado que la sirve, si es que la sirve el Estado.

Esto no quiere decir, como podría suponer un analista apresurado, que el funcionario que ha recorrido y descifrado diversos ramos sea dueño de todas las disciplinas, una especie de experto del universo. No es el caso, ni lo pretende González Fernández. Basta con que sea administrador público profesional. Su virtud es competencia de entendimiento, organización y conducción, que se puede aplicar en toda la extensión del horizonte: lo mismo para servir a la procuración de justicia, sin ser criminalista o policólogo, que a las relaciones laborales, sin ser sindicalista o empresario, que al cuidado de la salud, sin ser médico o biólogo. Se trata de ser funcionario. Esto —ser funcionario, servidor público, dirigente— permite actuar en campos distintos sin suplantar a sus ocupantes habituales; articular el trabajo de éstos, enfilarlo, atenderlo, impulsarlo, mejorarlo.

Creo que al buscar el título para el libro ya concluido, la expresión subtítular que dije —nuevo tiempo— llegó al final y en buena hora. En ocasiones, el título es lo último que llega: primero hay que ver lo que salió de la pluma, de la imaginación, del recuerdo, de la compu-

tadora, y luego hay que ponerle el nombre que mejor le acomode. Es que al cabo de la escritura, cuando se cree haber colocado el punto final en la última página, el autor puede encontrarse de pronto, sorprendido, con que su libro dice más cosas de las que él se propuso. González Fernández, al narrar sus andanzas en la política y la administración pública, ha podido referir también a los lectores de ahora y a los posibles lectores de un futuro cada vez menos distante, algo más que sus propias vivencias: referirles, quiero decir, algo de lo que ha pasado en México, de lo que él mismo ha sido actor y testigo, de lo que se mira sobre el hombro de estos días, de lo que se quiere, teme, anhela o atisba.

El autor forma parte de una generación de mexicanos que nació y vivió en el siglo XX. Para él fueron familiares todos los temas, los mitos, las glorias y las desgracias de la segunda mitad de ese siglo que hemos comenzado a negar con impaciencia y a olvidar con tanta diligencia como ligereza. Tiene su raíz en una tierra donde ocurrió un terremoto; se abrió el abismo y devoró los templos, los ídolos y los oráculos. Hoy tenemos el síndrome del siglo XXI, del tercer milenio, de la nueva era.

El joven González Fernández oyó hablar de la Patria y de la Revolución mexicana: en el hogar, en la escuela, en la calle. Celebró ambas y creyó en ellas. Pero sucede que esa patria de los mexicanos parece quedarnos chica y la Revolución está muy distante: su versión más cercana, que los niños miran —si la miran— con extrañeza, se aloja en viejos murales de antiguos edificios. Vio a este país, que alguna vez fue minero y agrario, convertirse en una inmensa congregación de ciudades y chimeneas, presididas por una metrópoli desmesurada. Y esas ciudades ya no son, por supuesto, las ciudades que fueron, con tejas, campanarios y kioscos domingueros. Observó la formación de una sociedad diferente, que transformaba a sus viejos integrantes y agregaba nuevos actores a un escenario cada vez más intenso, variado y complejo. Los jóvenes de hoy son pobladores de otro mundo, que es por cierto, el único que existe. La sociedad urbana tiene otra talla, otro paisaje, otra lengua, otros dioses; hasta sus demonios son diferentes. Miró al mundo volcarse dentro de nosotros, anegar el reducto mexicano, barriendo fronteras y defensas, país adentro y almas aden-

tro: en todos y en cada uno; el globo, rodando, rodando, llegó para quedarse: la globalización que sucede en México, ocurre en cada mexicano. Hundió la rueda en el camino y convirtió la huella en camino nuevo, que recorreremos con disciplina.

En suma, González Fernández pertenece a la generación que presencié el gran cambio, cuando el reloj aceleró la marcha y pasaron de pronto, en estampida, las cosas, los tiempos, las mujeres y los hombres —y lo que es más grave: las leyendas—, y surgieron en el campo nuevas plantas y en las ciudades nuevas torres, y nos convertimos —muchos— en extraños. El se halla a la mitad del camino: contempla, equidistante, a las generaciones que casi concluyen y a las que apenas comienzan. En ese punto, puede contemplar las etapas transcurridas y suponer las que se hallan adelante: aquéllas, las conocemos; éstas, las suponemos: cargadas de riesgos, entre ellos el peligro de desandar la historia, retroceder las libertades, menguar el ímpetu de la justicia, transformar la utopía en buenas transacciones y negocios rentables.

No voy a referirme a cada capítulo y a cada experiencia de los muchos y muchas que pueblan el libro. Sólo me detengo unos minutos, para concluir, en el último capítulo, el número 15, que se titula: “Después del 2 de julio”. El libro, en su conjunto, es un alegato político, pero no un panfleto. El autor es militante del Partido Revolucionario Institucional y se compromete con cierta perspectiva sobre la sociedad y el Estado. Por eso es válido analizar la obra con ese hilo conductor, que recoge convicciones, admite problemas y apunta sugerencias: sugerencias en plena hora de crisis. Contra lo que muchos dicen, ésta no ha cesado; apenas comienza.

Se ha dicho, erróneamente, que ese 2 de julio nació la democracia. Hay quienes consideran que la derrota del partido en el que militamos González Fernández y yo mismo constituyó algo así como el acta o el acto de nacimiento de la democracia; la culminación de un proceso; el momento estelar de un recorrido deliberado, que tenía precisamente ese destino; una fatalidad, en suma. Por supuesto, no comparto esa impresión trivial y reductora, que comienza a ponerse de moda. No, porque la democracia es una larga marcha que emprendimos hace mucho tiempo, con la exigencia de una sociedad en

movimiento y la perspicacia de un partido receptivo; y porque aquella tiene que ver con más, mucho más, que el sufragio en las urnas.

Creo, pues, en la democracia con calificativos, a despecho de Sartori. Sucede que cada individuo, cada familia, cada grupo, cada pueblo, están colmados de calificativos y con ellos transitan por el mundo. Los ciudadanos son electores, pero no concluye ahí su condición humana. Faltan muchas cosas para que el retrato del hombre esté completo: esas otras cosas también tienen que ver con la democracia. Lo dijo Torres Bodet, y con él nuestro Constituyente Permanente, en el artículo 3o. Creer que la democracia es apenas elecciones pulcras, equivale a suponer —como ha escrito John Dewey— que una iglesia es un edificio con bancas, púlpito y columnas, y un hogar es un arreglo geométrico de ladrillos y cemento.

El 2 de julio se reveló la fotografía de una sociedad que ya existía. Las casillas funcionaron como cuarto oscuro. Lo que vimos fue lo que ahí se encontraba, la sociedad plural y diferente, exigente y crítica, urbana e indignada: en fin, lo que había estado sucediendo bajo nuestra mirada distraída, que no advirtió los errores. Estos pasaron su cuenta y la pagó un partido político que no supo o no quiso hacer a tiempo lo que debía: recuperar la memoria, volver al camino y deslindarse con un ademán rotundo, que hubiera sembrado esperanza, antes de cruzar la frontera de su previsible derrota.

Pero aquí estamos. Al iniciar una etapa del tiempo nuevo, que se había deslizado desde las horas del tiempo viejo, sin fronteras precisas entre ambos, se reanudó en otro punto, con otros personajes, en otro escenario, la infinita dialéctica de la República. Se reanudó, puesto en otros términos, la lucha por la nación mexicana. Dos visiones y versiones de la República y de los republicanos se han estado enfrentando desde siempre, y hoy vuelven al camino. El formato es distinto; la contienda, idéntica.

Debo decir que me preocupa enormemente, como seguramente preocupa a González Fernández y a muchos colegas nuestros, que pudiera equivocarse el sentido, el foro y el destino de esa contienda. Por ello hay que insistir en que es batalla por la nación, como antes, aunque el formato, el discurso y los personajes sean diferentes. El viento que sopla sobre las velas de cada uno es el mismo que las

impulsó hace años y las impulsará en los años que vengan. Vientos que tienen que ver con las corrientes naturales, históricas, de los individuos y del pueblo. Lo peor que pudiera ocurrirle al partido que presidió el autor de este libro, es abismarse —es decir, precipitarse, caer al abismo— en un pequeño juego de codicia interna, en vez de crecer en un ejercicio de grandeza externa, reinstalando su pacto social con la nueva mayoría de los mexicanos. Aquello sólo sería una anécdota, flor de ambiciones menores, que nos haría pasar de largo, distraídos, frente a la puerta de la historia.

No podemos engañarnos. Es cierto que la Revolución mexicana ocurrió hace noventa años, y que noventa años son mucho tiempo. Pero también es cierto que estamos lejos, muy lejos, de haber agotado sus exigencias y sus posibilidades, y ya nos disponemos a emprender la contrarrevolución, con otras preocupaciones, otras ofertas, otros modelos. Parecen modernos; tienen, sin embargo, un aire muy antiguo: cierto olor de arcón y de hacienda. Ya hemos navegado en ese Mediterráneo. Varias veces naufragamos. Históricamente, la reacción había caducado: la supusimos hundida en el pasado. Sin embargo, reapareció entre sus cenizas con atrayente lozanía. No es su culpa. Fue la nuestra. La invocamos y encarnó en el ectoplasma que vagaba sobre los errores, las deserciones y las imprevisiones en que incurrimos.

Ahora bien, para alivio de sus lectores, el autor de *Trazos* observa que “en la política ni la victoria ni la derrota son para siempre”. Quien obtiene trece y medio millones de votos puede perder una elección, “pero no la guerra completa. Tal vez sólo una batalla”. Así es. Y es así a condición de que haya lucidez y previsión acerca de la tarea que se avecina, la tormenta que aguarda, la contienda —por la nación— que comienza de nuevo. Quienes se hallan en este frente y velan armas, en medio del tumulto, corren el riesgo de gastar su pólvora y sus fuerzas en discordias civiles. Repito: la batalla por la nación no debe quedar en riesgo por menudas pretensiones y aventuras codiciosas. Exige, a quienes la libren, perspicacia y grandeza. Si no fue la costumbre, debe serlo ahora. De lo contrario, el peligro es desandar la historia y perder en pleno siglo XXI la batalla que se ganó desde el XIX.

José Antonio González Fernández es mi amigo, y esa amistad —la suya, la de su familia— figura entre los dones que me ha hecho la vida. Esta buena relación me permite celebrar muchas cosas y prever otras. Celebro los aciertos que ha tenido, su camino ascendente, su libro. Y preveo que el último capítulo ha de ser exactamente el primero del segundo volumen: para él, como para México. No podemos dejar aquí las cosas. No debemos hacerlo. Sucedería lo que en esas películas que finalizan de pronto, sin que se haya resuelto el enredo: los espectadores protestan porque saben que la historia no ha concluido, aunque una función haya terminado.

Mi amigo, que puede abrir un paréntesis en su desempeño administrativo, no puede hacerlo —y creo que no podría, porque la naturaleza manda— en su oficio político. Además, no debe hacerlo, precisamente cuando más peligros nos aguardan, a fecha fija y de manera cierta: peligros para la nación que somos y el proyecto que sostenemos. No pasará mucho tiempo antes de que sepamos la gravedad de esos riesgos. Entonces, como antes, el autor de *Trazos* tendrá la oportunidad de volver al camino y llenar las páginas de un nuevo libro, cuya próxima aparición anuncio desde ahora.